

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

La felicidad: una propuesta personalista

Felicidad no se refiere a un sentimiento sino a un estado de plenitud personal, y sólo cabe esta plenitud desde la realización de la propia vocación, en comunidad, y abiertos a la Persona Absoluta.

.....
Xosé Manuel Domínguez Prieto

Miembro del Instituto E. Mounier. Galicia

Resulta sorprendente la cantidad de términos que empleamos, muchas veces sin precisión e indistintamente, para referirnos a la felicidad: *beatitud, alegría, contento, ventura, buenaventura, satisfacción, dicha, suerte, fortuna, gozo, entusiasmo, estar pletórico, euforia, estar exultante, júbilo, estar encantado, dicha, gracia*. Nos disponemos a llevar a cabo una cierta ordenación de estos términos de modo que, atendiendo tanto a su uso como a su origen etimológico, nos puedan iluminar, si quiera un ápice, sobre qué es la felicidad personal.

1. La felicidad: un imposible necesario

Ante todo, debemos comenzar por el propio término 'felicidad' y su sinónimo 'beatitud'. Ambos proceden de sendos vocablos latinos utilizados también como sinónimos: *felicitas* y *beatitudo*. Pero si atendemos a su raíz etimológica, ambos nos ofrecen importantes matices que nos comienzan a revelar algo de lo que pueda ser la felicidad. Así, *felicitas* procede del adjetivo *felix* que quiere decir 'fecundo, fértil, fructífero'. Por tanto, parece que la felicidad tiene que ver, en la persona, con cierta fertilidad personal, con una cierta forma de fecundidad biográfica, de ir-a-más. Y la persona va a más cuando va realizando el camino desde lo que es hacia lo que está llamada a ser. Es decir: cuando actualiza su vocación.

Por su parte, *beatitudo* procede del verbo '*beo, beare, beatum*' que significa inicialmente 'llenar, colmar, enriquecer' y, por extensión, 'hacer feliz'. Por tanto, la beatitud supone algo que hace feliz en cuanto enriquece, en tanto que colma a la persona, en cuanto la lleva a más. ¿Y qué nos dice la experiencia sobre qué es lo que llena más la vida de una persona?: otra persona. Por tanto, parece que no hay 'beatitud' sin vida comunitaria. Porque no se trata sólo de crecer, de ir a más: se trata de crecer con otros. Y los otros no son mera comparsa: son compañía fundante, son soporte de lo que soy, son lo que me hace crecer, los que, gracias a su amor, me hacen ser yo.

Este mismo sentido parece tener el término '*pletórico*'. Su etimología es elocuente, pues el adjetivo griego *plethoricós* significa '*aquello que tiene abundancia de otras cosas*'. Por tanto, el que está colmado, lleno de humani-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA



Xosé Manuel Domínguez Prieto.

dad, plenificado, está pletórico. Pero también consta a la experiencia que lo que hace más feliz no es estar colmado de cosas, sino colmado en el ser. Y la persona no puede estar abundante y desbordante de ser si no es por otras personas. La amistad, el amor de los otros, la reciprocidad de las conciencias son el camino personal para estar pletórico.

Por último, y aunque quizás a alguien le pueda resultar sorprendente, quizás también pertenezca a este primer grupo el sustantivo '*entusiasmo*', pues si bien se suele utilizar en el sentido de ánimo fogoso o exaltación ante algo que asombra o gusta, su origen tiene que ver más con la inspiración del artista, pero inspiración de carácter divino, pues *enthousiasmós* significa lleno o poseído por un dios. Y esto justo es fuente de plenitud para la persona. *Enthousiasmós* significa 'estar lleno del dios'. Y estar lleno del dios produce un delirio divino, una *theia manía*, un estado de plenitud exultante. Esto nos revela también algo importante en nuestra pesquisa: sólo hay posibilidad de felicidad, es decir, de plenitud absoluta, desde la apertura no sólo a los otros, sino al Otro absoluto. Si la persona es deseo de absoluto, sólo una Persona Absoluta le puede colmar, le puede entusiasmar.

En conclusión: felicidad no se refiere a un sentimiento sino a un estado de plenitud personal, y sólo cabe esta

plenitud desde la realización de la propia vocación, en comunidad, y abiertos a la Persona Absoluta. Todo esto no es un postulado, no es una propuesta, sino una descripción de nuestra propia estructura personal. Ser persona es estar ya proyectado necesariamente hacia la plenitud, con otros y desde lo Absoluto.

Ahora bien: parece que nunca podremos decir que estamos ya totalmente colmados, plenos, abiertos plenamente al Absoluto. Por tanto, la felicidad es necesaria, pero imposible. Estamos abocados a la felicidad pero también a no estar nunca plenamente colmados (porque la persona es un infinito dar-de-sí). Incluso, supongo, tras la muerte: Si la persona ha de vivir siempre, no podría hacerlo en situación estática o pasiva, no podría decir alguna vez: 'ya estoy acabado': su vida escatológica tendría que ser un continuar tendiendo a la plenitud, cada vez más diáfananamente abiertos a ser iluminados por la Luz.

2. La alegría: un posible necesario

Que la felicidad sea imposible no significa que no tengamos que caminar hacia ella. Es más: ser persona es caminar, habitualmente contracorriente, hacia la plenitud, es esculpir la propia estatua para ser quienes estamos lla-

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

mados a ser. Pues bien: a este caminar hacia la plenitud es a lo que denominamos 'alegría'. La alegría resulta, por tanto, una experiencia más dinámica, pues es la orientación hacia la felicidad, es el *gaudium essendi*, el gozo de un ser que va recorriendo el camino de su plenitud y orientado desde la propia felicidad como su fin.

Estar en camino hacia la plenitud es lo que nos hace *exultar* (del latín *exsultare*: saltar de alegría, desbordarse). Quien exulta se desborda hacia su plenitud, da-de-sí. Eso es exactamente la alegría: un dar de sí hacia la plenitud. Por eso el exultante es 'eufórico' (del griego *eúforos*: que lleva o conduce fácilmente, que soporta fácilmente, paciente). Etimológicamente, el eufórico es el que se conduce bien hacia su buena forma, de modo favorable, propicio. Incluso, aunque las cosas vayan mal, lo soporta pacientemente. El alegre no es, por tanto, aquel a quien el viento le sopla siempre a favor, sino aquel que, soplando el viento a favor o en contra, por popa o proa, es capaz de navegar siempre hacia delante. Aún en las adversidades, el alegre y eufórico sabe soportar el peso de la vida con gallardía. Y esto sólo es posible porque la alegría no está reñida con el dolor. No hay camino que no pase por la encrucijada de la cruz. Nadie va a la luz si no es por la oscuridad. Y es que el dolor también es ocasión para crecer como personas, para descubrir la propia consistencia, la propia contingencia y limitación, para hacerse así vocativo, menesteroso (y no caer en la empobrecedora autosuficiencia). Si hay dolor es porque la persona experimenta su finitud. Pero experimentar la finitud con conciencia de tal es ya situarse en el horizonte de la infinitud. Y este lanzarse a la búsqueda del infinito que colme las propias finitudes es ponerse en el alegre camino de la felicidad.

Esta alegría también puede mostrarse externamente (aunque no es imprescindible que así sea), pues el desbordamiento de la exultación tiende a manifestarse externamente: de modo suave, como en la sonrisa, o vivamente, como en el 'júbilo'. En todo caso, la alegría no es tanto un estado afectivo (que, evidentemente, lo lleva parejo: el gozo) como un estado de la persona en la medida en que crece con otros hacia su plenitud.

3. Para estar contento, andarse con tiento

Suele en nuestros días identificarse groseramente 'estar feliz' con 'estar contento'. La vida de placer, sin inquietudes ni grandes dificultades, ha terminado identificándose, en la sociedad del bienestar, con la vida feliz. Pero, en rigor, estar contento no es más que satisfacer una necesidad (física o psicológica): estoy contento porque comí bien, bebí un Ribeiro, descansé a placer, porque me al-

baron un trabajo, porque recibí cariño o ganó el equipo de fútbol del que soy seguidor. En este sentido se puede entender tanto el predicado 'contento' como el de 'satisfecho', o el sustantivo 'dicha'. Son, en efecto, estados subjetivos fruto de una situación de satisfacción de necesidades naturales o creadas. Estado, por tanto, epidérmico y circunstancial.

Y es cierto que una cierta dosis de contento es necesaria en la vida feliz. Tener en alguna medida satisfechas las necesidades básicas, físicas y de desarrollo personal, resulta necesario. Bueno es el placer que viene de hacer lo bueno. Pero no depende de esta satisfacción la felicidad. E incluso, cuando crecen exponencialmente las necesidades y las satisfacciones de una persona, cada vez la persona está menos satisfecha y, además, menos feliz, es decir, menos persona. Por tanto, para estar contento, y sin embargo, poder llegar a ser feliz, hay que estar muy atento para que los deseos no ahoguen el Deseo de plenitud. Hay que andarse con cuidado para no sustituir la plenitud personal con otros sucedáneos: para estar realmente con-tento, hay que andarse con-tiento.

4. La aventura de las buenaventuras

Mas no tendríamos completo el panorama si no atendiésemos a otro grupo de palabras bien distinto a los anteriores: 'ventura', 'bienaventuranza', 'buenaventura', 'suerte', 'gracia' o 'fortuna'. Comencemos por la primera, que parece raíz de otras: 'ventura', que en castellano se dice igual que en latín, es el plural de 'venturum' que significa 'lo que está por venir'. De ahí también el sentido de acontecimiento futuro de otras palabras como 'aventura' o 'advierto'. Por consiguiente, la ventura es algo que *se espera recibir o que se espera que suceda* (o, por extensión, aquello que sucedió según se esperaba de la suerte). Por consiguiente, viene a ser semejante a la (buena) *suerte o a la fortuna*: un don, algo recibido y que supone una cualidad positiva o un bien para la persona. *De facto*, en los diccionarios se define el adjetivo 'venturoso' como aquello que implica o produce buena suerte. En este mismo sentido, ser 'agraciado' es el estado de quien recibe una *gracia o don*.

Otras dos palabras de esta misma familia, 'buenaventura' y 'bienaventuranza' añaden, respecto de las anteriores, un matiz valorativo imprescindible: no sólo se trata de recibir o esperar algo, sino algo bueno. Es algo bueno que alguien recibe o puede recibir. Pero, ¿bueno respecto de qué?: respecto de la persona. La buenaventura o la bienaventuranza es aquello bueno que adviene a la vida de la persona. Y es bueno en el sentido de que le conviene, que le es propio y adecuado para su crecimiento en

tanto que persona. Pero en este sentido, un bienaventurado es alguien feliz. Y es que la felicidad personal, además de depender de lo que cada uno hace con su vida, depende también de la mucha riqueza personal que cada uno ha recibido: cualidades personales, personas o acontecimientos. No hay derecho a quejarse, pues la queja no es sino ceguera ante la inmensa constelación de dones que cada uno es y ha recibido por gracia. Por supuesto que cada uno tendrá que jugar de la mejor manera con las cartas que le han tocado en suerte, cada uno tendrá que esculpir su propia estatua. Pero la esculpe siempre a partir del barro, madera, alabastro, plata u oro que ha recibido. Estar en camino de la felicidad es tomar conciencia de la cantidad de dones que hemos recibido y que somos. Y esos dones son llamada para cada uno: son vocación.

Como veremos, fue con el cristianismo cuando la bienaventuranza definitivamente se identificará con la felicidad, pues eso bueno que viene a la persona es Dios mismo, y Dios es quien hace a la persona plena, la hace ser quien está llamada a ser, la despierta e impulsa para que llegue a ser ella plenamente. Por eso, la cercanía de Dios, el Emmanuel, es una buena noticia, porque algo bueno viene a hacer felices a las personas, porque es algo bueno para la vida concreta de cada persona que acepta el don.

5. Antropología de la felicidad

Terminemos con dos observaciones globales.

La primera tiene que ver con el hecho de que, respecto de los sustantivos 'felicidad' y 'alegría' (y para muchos de sus sinónimos) cabe la posibilidad de emplearlos en expresiones con los verbos 'ser' y 'estar'. *Ser alegre o ser feliz* dan cuenta de una instalación de mi persona en la alegría o en la felicidad de una manera incondicionada. Pero *estar alegre y estar feliz* parecen hacer depender esta alegría y felicidad de algún motivo o causa. De modo que encontramos, por lo menos, dos maneras de referirnos a la alegría y a la felicidad: una ocasional y condicionada y, otra, constitutiva e incondicionada. Curiosamente, para los demás términos que hemos analizado se emplea el verbo 'tener' (y, cuando se emplea el verbo 'ser' automáticamente la palabra adquiere una cierta proximidad al sentido constitutivo de la felicidad: así 'ser venturoso').

Así, en general, solemos decir 'tener fortuna', 'tener suerte', 'tener ventura' (salvo en el caso de 'ser agraciado', pero aquí, como resulta patente, se trata de una construcción pasiva, que también supone recepción de un don). Se tienen porque son sobrevenidos. Y justo en ello se diferencia de la felicidad, que radica en la persona. Lo que, en el fondo, nos descubre todo esto, es que es posible hablar de la alegría y la felicidad en un nivel meramente psicológico, situándonos entonces en la dimensión afectiva. Pero también es posible hablar de felicidad y alegría desde una perspectiva más profunda: desde una antropológica. Y entonces estamos hablando de la realidad personal en su más íntima esencia.

La segunda observación consiste en la constatación de que existen, para cada una de estas palabras, su antónimo, pero construido siempre tomando como raíz la palabra que denota una realidad positiva: así, hablamos de in-fortunio, de des-gracia, de des-dicha, de des-ventura, de in-felicidad. Todo lo cual da cuenta de la primariedad (ontológica o constitutiva) de los estados positivos respecto de los negativos. En esto también el lenguaje refleja la realidad. Si lo primario, lo primigenio, es la felicidad, la tristeza es despersonalizante, el infortunio ceguera para los propios dones, y la auténtica desgracia estar cerrado a la gracia. Si la persona es llamada a la felicidad, la falta de entusiasmo muestra pobreza personal y raquismo interior, la falta de beatitud, infernalización.

La persona, en fin, es un ser llamado a la plenitud, a la felicidad, a la alegría, a la gracia, a la bienaventura. Y lo contrario no es propio de su estructura, de su esencia. Por tanto, esto significa, en última instancia, que lo propio de la persona es el crecimiento hacia su plena forma, en comunidad y desde su apertura a la Persona Absoluta. La persona está hecha para la felicidad, y por tanto, tiene que construir su vida a partir de lo que recibe. Al margen de cómo se sienta cada persona, de su grado de alegría o contento epidérmicos, y al margen de los propios proyectos de cada uno, toda persona es llamada y es proyecto: es llamada de plenitud y es proyecto de felicidad. Su único deber será ponerse en camino, de la mejor manera posible, para construir eso que ya es proyectivamente. En conclusión: la felicidad bien pudiera ser el Pórtico de la Gloria por el que accedemos a la catedral de la antropología.